



ELOGIO
DEL DOLOR



ELOGIO DEL DOLOR

El dolor es más trascendente que la risa; no podemos dejarlo como a nuestros placeres, que apenas duran lo que el sonido tumultuoso de una carcajada o el chasquido de un beso.

Las lágrimas fecundan más al amor que las sonrisas.

Las historias de amor y las leyendas pasionales se eternizan en la humana memoria si ese viejo y divino abuelo, el Dolor, las arroja aureoladas de martirio sobre nuestros corazones.

Cuando el odio infame del sectarismo y de la envidia arrastró a Abelardo, el poeta-filósofo me-

dioeval, a la condición de eunuco, Eloísa con pasión unciosa reconcentró su canto para rezarlo en el convento que fuera la tumba de su cuerpo vivo, joven y hermoso, y adoró más en el poeta desde que supo su infortunio; y el poeta creyó en ella desde entonces como diosa mártir, porque sacrificaba para siempre su belleza y su sexo en las aras benditas de una fidelidad espontánea.

El dolor, engendrado por el odio ancestral de capuletos y montescos, creó los amores de Romeo y Julieta.

Se acrecentaba la pasión de Hero en la tragedia de mirar a Leandro luchar contra los mares.

El divino caballero loco, Don Quijote de la Mancha, ama infinitamente cuando sufre intensamente, porque sabe que las ofrendas de amor de los caballeros andantes a sus damas, valen más cuando llevan más sangre de menguados.

El ilustre gascón Bergerac, el inmortal narizado, adora más cuanto más pena por el silencio terrible que se impuso ante el cadáver del boquirrubio Cristián. Aquel amor de maravillosa ternura con el que Roxana encantara los postreros instantes del poeta amigo, del poeta hermano que a diario viniera a verla y a hablarla por endulzar su viejo secreto de amor, siquiera fuera con la

voz áurea de ella sublimizada por la paz religiosa del convento, aquel amor era un amor doliente.

¡Pobre Cyrano, «espadaquí y gramático, físico y matemático, músico e inventor, poco sufrido, de amor sufrió la flecha enconada» y llevó en el secreto sus pesares, porque sus pesares divinizaban su amor! ¡Mil veces el propio tormento, al doloroso desengaño de su Roxana idólatra de un recuerdo purísimo y bendito, de una añoranza perennemente viva!

¡Oh Cyrano, que aprendiste a callar porque tenías entrañada la fuerza de un amor hiperbólico, yo te admiro porque eres noble entre los nobles, pues tienes la nobleza del Dolor, porque realizaste el imposible de Shakespeare, el de gemir dentro del corazón sin romperlo, el de vivir respetando un silencio divino y trágico!

Y nosotros, nosotros mismos somos más amados de nuestras madres mientras más dolores les dimos al venir al mundo.

Oh, sí; el dolor fecunda, el dolor crea.

Las obras de los genios son cantos de Dolor.

Los gritos desesperantes del viejo Lear nacieron del infortunio que le causara la ingratitude filial; y las tiernas caricias de la divina Cordelia brotaron misericordiosamente de sus manos pu-

rísimas, al conjuro de las desesperaciones paternas.

Hamlet y Otelo son hijos de dos dolores: el escéptico de la duda y el torturante de los celos.

La más bella imagen de la madre de Dios es la tristemente doliente que inmortalizó a Ribera.

Las notas de Chopin son lágrimas sonoras.

Gustavo Doré fué genio por ser el taumaturgo de los martirios suplicatorios; porque dibujó el dolor de los dolores: el del cuerpo y el del alma, tal como lo cantara Dante sobre las espirales del infierno.

Caín, Sardanápalo y Manfredo son hijos del dolor de todo un siglo enfermo de dudas, de rebeliones y despotismos; enfermo de ideales no satisfechos que pudiera concebir y llorar en sus cantos el hermoso Lord Byron, elegante y caprichoso, valiente y aventurero, seductor y desgraciado, poeta y apóstol de libertad, que parece haber llegado al mundo para llorar en sus poemas nuestros recónditos dolores.

El extrahumano amor de la reina doña Juana, misericordioso y humilde, se exaltaba al imperio del Dolor para transformarse en regío. Era un dolor de celos, de dudas, desesperante, por las perfidias del rey hermoso que olvidara ser amado

de una reina más mujer que reina y más mártir que mujer, que tenía el grave pecado de idolatrarlo hasta el paroxismo, hasta la locura, según la infamia cortesana.

Grandiosa locura es la de la reina doña Juana, porque es locura de amor, de desdenes, de olvidos, de traiciones... de dolor!

¿Y el mísero caballero Desgrieux, el perdido enamorado de la gentil Manon?

¡Ah!, pobre Desgrieux, tú que sabes del Dolor porque sufriste inevitablemente el amor degradado e infinito de una «loca de su cuerpo», ven y dime: ¿no el dolor te hizo fuerte y te hizo grande?

Sí, yo sé que pusiste tu pecho desnudo a los pies de tu Manon, «tu cara reina», el «ídolo de tu alma», «la soberana de tu corazón», como llamabas entusiastamente a tu linda amante, porque ya tu alma estaba forjada en los placeres dolorosos de la orgía, en las vigiliás frenéticas de erotismos en el vicio perpetuo de tu insaciable Manon, porque tu vida era eso: un amor doloroso y frenético que te hacía buscar a Manon si la perdías, perdonarla si era culpable cuando la poseías, llamarla si estaba lejos, mimarla si estaba enferma y llorarla desesperadamente sobre las arenas del desierto...

Yo amo al Dolor porque es un maestro de la vida; porque crea la melancolía, «esa tristeza de los aristócratas mentales», porque, como dice Musset, nada nos engrandece como un grande dolor; le amo porque nos hace fuertes o tristes, pero poetas siempre y nada hay más bello en la vida que sentirse poeta; amo al Dolor porque crea los verdaderos caracteres; porque ennoblece como afirma el maestro Balzac, porque nos lleva melancólica y dulcemente a amar al arte, que es el único que nos salva de los infortunios de la vida; porque «el hombre que no conoce el dolor, no conoce ni la ternura de la humanidad ni la dulzura de la conmiseración».

